

ÍNDICE

Bienvenida a la familia	7
1. El inicio de una nueva novela: <i>Elisa Parrington, 1836-1859</i>	9
2. Blanca, la escritora	13
3. Roberto y la Quinta du Margaret.....	19
4. Una carta y un sueño.....	23
5. James Kepler.....	29
6. El testamento y actos de despedida.....	33
7. Primeros interrogantes	39
8. En el Registro de la Propiedad de Funchal.....	43
9. El Bedford Royal Hotel.....	49
10. All Saints Church, Maidstone	55
11. Un animado día en Londres.....	61
12. La gran sala del reloj	65
13. Las cartas	69
14. El pequeño ático	81
15. Otro recuerdo más	85
16. Viaje hacia una nueva vida.....	89
17. Law Curthley's Firm.....	95
18. Una cena en Londres.....	103
19. El testamento.....	107
20. El robo de las cartas	111
21. El Convento de las Hermanas de la Caridad, Maidstone	117

22. Roberto y el extraño contrato de la compraventa.....	123
23. El diario de sor Eleanor	131
24. El trágico final de Elisa	139
25. En Altaussen, Austria.....	145
26. Roberto y James viajan a Nueva York.....	151
27. En el balneario	157
28. Su Ilustrísima.....	165
29. Blanca en París.....	175
30. El primer beso de amor.....	179
31. El Lycée Communal.....	181
32. La botella de tía Elvira	185
33. Santa María de Souillac.....	193
34. Un nuevo giro en las investigaciones.....	203
35. Descubrimientos y reconstrucción familiar	207
36. En Andorra.....	213
37. La agresión.....	219
38. En Barcelona.....	225
39. Las explicaciones de James.....	231
40. Hallazgos inesperados	243
41. La confesión.....	253
42. Un nuevo orden de cosas.....	265
Agradecimientos	275

BIENVENIDA A LA FAMILIA

El día que Paula Colobrans me pidió que le escribiera estas palabras liminares para su libro, este que tienes en tus manos, lector, y que estás a punto de empezar, me puso en la difícil tesitura de cerrar un círculo —además, por supuesto, de hacerme un enorme honor y de dejar que me sienta un privilegiado—. Un círculo que muy pocas veces consigue llegar a esa forma geométrica que los antiguos griegos relacionaban con la perfección.

La mayoría de las veces los profesores de escritura creativa solo vemos el nacimiento de un proyecto, acompañamos a su autor durante un tiempo indefinido —desde diez semanas si es un curso en un centro cívico hasta un año si es una escuela de escritura más regularizada— pero pocas veces vemos el resultado final: la publicación del libro después de su finalización. Algunas veces sucede que se acaba la novela o el libro pero jamás se llega a publicar, muchas veces, la mayoría, la obra no se acaba. En raras ocasiones la novela llega a las librerías.

Hoy estamos ante una de esas excepciones. Paula Colobrans ha terminado su texto y además ha encontrado una editorial para publicarla. Una editorial de verdad. No ha recurrido a la autoedición. No se ha enfrascado en aventuras que condenan los libros al ostracismo. Milenio ha apostado por Paula porque ha encontrado en ella lo que se veía en las primeras páginas que llegaron a mis manos hace ya bastante tiempo: una buena historia y una buena autora dispuesta a explicarla y a defenderla.

Siempre he considerado que escribir es un acto solitario y que publicar es una labor de equipo. Y a veces pasa que un escritor necesita una pequeña ayuda, un estímulo moral que

le insufla aire cuando la novela se convierte en un monte que hay que subir y las piernas y el aliento no dan para más. Paula Colobrans no necesitaba ese aire, al contrario. Estaba sobrada de fuerza narrativa y de potencia y tenía una historia muy buena que solo necesitaba pequeñas indicaciones cronológicas, de documentación y de ordenación de su historia.

Y así empezamos a trabajar hace ya algún tiempo. Gracias al Skype y al correo electrónico y también a alguna cita presencial, se inició una relación que ha ido más allá de la de profesor y alumna y que ha iniciado una relación de amistad que se ha traducido, por fin y al fin, en una relación de colegas. Paula Colobrans entra con esta novela en la categoría de autora, de escritora. Sé que para ella se cumple un sueño. Pero para mí también. El de ver que alguien con una valía inmensa, con una capacidad de trabajo envidiable y con una tenacidad que ya quisiera para mí mismo ha conseguido llegar al final del camino. Y hacerlo con una muy buena novela. Eso es lo más importante. Paula ha aplicado un viejo dicho de los campesinos mallorquines: “primero el trabajo bien hecho”. Y ahora deben venir las recompensas: tener lectores, muchos. Por eso quiero acabar reiterando mi enhorabuena a la autora y con un ruego: explicadle a la gente que este libro existe. Yo debería haber aprovechado mi espacio para defender esta novela, pero la sinopsis está en la contracubierta y el estilo y la potencia en el primer párrafo. Por eso creo que es mucho mejor darle la bienvenida a Paula a la familia y a vosotros las gracias.

Sebastià BENNASAR

Julio de 2017

EL INICIO DE UNA NUEVA NOVELA: ELISA PARRINGTON, 1836-1859

Elisa existió. La conocí a raíz de una breve carta que recibí en herencia al morir tía Elvira, en mayo del 2014. Eran tan solo líneas escritas con letra infantil, pero suficientes para desencadenar un conjunto de sucesos dispersos que fueron trenzándose por varios países. Tardé un año en descubrir la verdad. Pasé miedo. Podría haber muerto. Con todo el material que recogí durante mis investigaciones escribí mi octava novela, que llevaba por título el nombre de aquella niña, *Elisa Parrington*.

Como siempre, dudaba sobre cuál de los varios inicios que había pensado sería el más adecuado para empezar. Finalmente me decidí por este:

ELISA PARRINGTON, 1836-1859.

El 23 de abril de 1850, Elisa cumplía catorce años. Posaba sentada para una fotografía, sujetando el libro que Edward acababa de regalarle. Con aquel vestido nuevo de color azul, mostraba sus delicados hombros blancos y su porte elegante. En el cuello lucía una cinta con un camafeo labrado en mármol rosa, regalo de su madre. Su pelo, negro y ondulado, se combinaba bien con el color de sus ojos. A su derecha tenía una mesita circular con un jarro y un ramo de flores, a su izquierda, el balcón y el jardín arbolado.

—Elisa, parece usted una figurita de porcelana —dijo Edward sonriente, casi con un susurro, en un intento de que el señor Parrington y lord Albert Curthley no le oyesen—, es tan bella y delicada... como si el más leve roce fuese a romperla.

—Pero ¿no cree usted que es una pena que en las fotografías no se vean los colores? A mamá le gustan tanto... —Protestó Elisa.

—No se preocupe, su madre se alegrará muchísimo con este retrato suyo. Quién pudiese tener otro igual.

—No exagere, Edward. Ya sabe que usted puede verme siempre que quiera, pero mi pobre madre, en aquel convento...

—¡Nuestra Elisa se nos hace mayor!, ¿verdad, Albert? —interrumpió sonoramente el señor Parrington, acercándose a ellos—, mayor y caprichosa. Mira qué extravagancia de regalo me ha suplicado para su decimocuarto cumpleaños, ¡un retrato fotográfico para su madre! No solo es extravagante, sino también de un precio astronómico. Intenté que entrase en razón, pero se encaprichó tanto que no pude negarme. He accedido a cambio de que se haga retratar, además, como la tradición manda, en un cuadro que se quedará en esta casa. —Elisa miró al suelo, avergonzada, mientras lord Albert Curthley reía discretamente.

—Eres un antiguo, Richard —le increpó lord Curthley—. Seguro que la señora Parrington se sentirá feliz al contemplar cada día a su preciosa hija. Y estoy de acuerdo con Edward, es una imagen preciosa la de Elisa posando con su vestido nuevo, que tanto realza el candor de sus ojos y la belleza de sus cabellos, y con este libro de poesía tan interesante...

—Se volvió para guiñarle un ojo a Edward.

—¿Puedo preguntarle si le ha gustado el libro, Elisa? —dijo Edward con cierta timidez.

—¡Claro que sí! ¿No ve que me he retratado con él? Ya sabe cuánto me gusta la poesía de William Wordsworth. Es una pena que falleciese.

—Este ha salido publicado de la mano de su viuda, es su libro póstumo. Y aunque no ha tenido un éxito rotundo, creo que es una obra maestra. Y también creo, Elisa, que posee usted un talento especial para la poesía, que no es sino el reflejo íntimo del alma humana. —Elisa inclinó ligeramente el rostro, intentando ocultar su rubor.

—¿Ves qué preciosa estampa hacen estos dos jóvenes, Richard? —sentenció lord Curthley palmeándole en la espalda.

—Elisa —interrumpió su padre, molesto—, ya sabes que no me gusta que leas tanta poesía. Es perjudicial porque te hace soñar más de lo debido.

—¡Por favor, Richard! —le increpó lord Curthley amigablemente irritado—. ¡Parece que no tengas remedio! Deja que los chicos vayan a pasear al jardín y que se lean todas las poesías que les apetezca. Y nosotros vayamos al gabinete, que he de hablarte de varios asuntos importantes.

Hizo un gesto a los chicos para que se marchasen, y se encaminó al gabinete con el señor Parrington, que no cejaba en su empeño.

—Albert, como padre de Elisa que soy, debo velar por su integridad, porque eso que llaman sentimientos solo les conduce al fracaso.

—Parece mentira, Richard. Sabes que por experiencia soy contrario a pensar que la ignorancia da la felicidad a las mujeres. Y te hablo ahora como jurista, bien sabes que he visto a muchas mujeres en situaciones lamentables y desesperadas por enlaces ventajosos para las familias, porque solo han pensado en los bienes materiales sin tener en cuenta el bienestar de sus hijas. Piensa que con este tipo de transacciones, y sí, digo transacciones, una mujer puede tener suerte con un buen marido, pero queda desprotegida si este la trata mal o abusa de ella, porque se ve despojada de sus derechos, de su patrimonio y, además, la educaron para ser bella e ignorante. Tú mismo has conocido algún caso desgraciado, y no puedes negarlo, Richard —le dijo lord Curthley, indignado.

—¿Pero qué quieres que te diga? Toda la vida se han programado los enlaces, porque esta es la mejor manera de asegurar a nuestras hijas un futuro digno —respondió el señor Parrington.

—Mejor me lo pones. Con Edward sabes que no deberás preocuparte por su bienestar y felicidad. Ella es muy joven todavía, pero llegado el momento, si las cosas van como parece, estaría en muy buenas manos con él, porque es un joven educado y con grandes cualidades personales. Además, tiene el futuro asegurado, recuerda que su padre es un doctor excelente y que él sigue sus pasos, y que ya tiene plaza para estudiar el próximo año en la Universidad de París. ¿Por qué te opones a un posible enlace si entre ellos surgiese el amor? —insistía lord Curthley.

—Porque el amor hace cometer locuras, deberías saberlo. Y no es motivo el que de vez en cuando alguna mujer no alcance la felicidad en su matrimonio para cambiar un sistema sólido y centenario —sentenció el señor Parrington, acalorado.

—¿Y si esa mujer infeliz fuese Elisa? —preguntó lord Curthley.

© del texto: Paula Colobrans Delgado, 2017
© del prólogo: Sebastià Bennassar, 2017
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S. L., 2017
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: diciembre de 2017
ISBN: 978-84-9743-795-0
DL L 1333-2017
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.